

DUCHENNE DE BOULOGNE Y SU TIEMPO *

Cuando se considera en conjunto la vida de los hombres que fueron grandes por la inteligencia o por el corazón, no puede dejar de llamar la atención la diversidad de la trayectoria que marca su destino. Para algunos, ésta parece inscrita en las condiciones mismas de su herencia y del medio donde tuvieron que vivir.

Es, si se me permite usar nuestra jerga, una trayectoria condicionada que responde a las exigencias de Hipólito TAINÉ en su búsqueda de las fuentes y condiciones del genio artístico: la Raza, el Medio y el Momento.

Otros, en oposición, aparecen en el cielo del espíritu a la manera de una revelación y nos sorprenden por su caprichosa incidencia y su fantasía.

El destino de DUCHENNE DE BOULOGNE responde a éstas, y es de un esbozo de esta vida al mismo tiempo rica en sustancia, sembrada de reveses y dolores, que quisiera proponeros, agradeciendo a la directiva de la Academia de Medicina que, bajo la instigación de mi fiel amigo, el Rector ROUSSY, me hace el honor de no creerme indigno de la difícil tarea de honrar como conviene a un médico que, si no fue miembro de nuestra compañía fue en neuropatología igual de lo que fue en neumología un LOUIS o un LAENNEC:

Cuando un joven estudiante ingresaba en el viejo Hospicio de la Salpêtrière a fines del siglo último, era recibido por la gran figura de CHARCOT, cuya cabeza romana se erguía majestuosa y grave por encima de los pliegues elegantemente ordenados de la toga profesoral. Después de haber atravesado los patios poblados de pequeñas viejas hospitalizadas, cuya silueta no ha cambiado desde hace muchos lustros, después de haber dado una mirada a la capilla dividida ayer por la segregación de

* Publicado en *Progrés Médicale*, Vol. 74, 1946.

las almas creyentes, alcanzaba el pabellón de las enfermerías y descubría un modesto monumento hecho de un medallón de bronce coronando un bajo relieve que representa a un médico inclinado hacia un enfermo en el momento en que le aplica en el brazo los electrodos del aparato más simple de inducción, y leía esta inscripción:

A DUCHENNE DE BOULOGNE

Electrización localizada - Fisiología de los Movimientos - Neuropatología

DUCHENNE DE BOULOGNE, ese nombre apenas evocaba al espíritu de nuestro estudiante algunas nociones de fisiología muscular tomadas del Tratado de Miología de Paul POIRIER, entonces en todo el brillo de su novedad.

Lo que debía asombrarle más era saber que la Biblioteca de la Salpêtrière poseía un jardín secreto, conteniendo las más bellas flores del pensamiento médico, y que sólo los iniciados estaban admitidos a contemplar. Entre éstas, dos parecían especialmente preciosas: La Electrización localizada y la Fisiología de los Movimientos, de DUCHENNE DE BOULOGNE.

¿Quién era este hombre singular que nunca fue dotado de honores ni de títulos oficiales y cuya influencia se reveló profundamente sobre la ciencia de su tiempo?

Estamos en 1806, el año de la Batalla de Jena, el Emperador tiene sólidamente las costas de la Mancha y del Pas-de-Calais, esas "costas de hierro" como las denominan los ingleses; estaba ayudado por los audaces corsarios, uno de los cuales Jean Pierre Antoine comanda la cañonera La Traviesa y hace frente a los ingleses.

Su bravura, su atrevimiento, se mostraban tan grandes que fue a él a quien Napoleón otorgó una de las primeras cruces de la Legión de Honor. Ahora bien, este año, le nació un hijo que recibió el nombre de Guillaume Benjamin Aman. Este, impetuoso, ardiente, todo fuego, todo llama, parecía estar tallado a la imagen de su padre y consagrado a la carrera de marino. No fue así y, para desesperación de los suyos, declaró que deseaba ser médico.

Curioso destino que hace cruzarse las dos trayectorias de los fundadores de la neuropatología: CHARCOT se prolonga en un hijo que saludamos como uno de nuestros más puros y gloriosos marinos, DUCHENNE, el neuropatólogo, encuentra su padre en uno de los más rudos corsarios boloñeses.

Así pues, en 1826, después de haber terminado humanidades, Guillaume DUCHENNE se dirige a París. Después de haber triunfado en un concurso para estudios anatómicos, nuestro joven estudiante se apasiona por la disección. Que se juzgue por este fragmento de carta fechada el 20 de marzo de 1830: "Para darle una débil idea, le diré que la semana pasada, despaché tres de estos pobres muertos que se entregaron a nuestras manos. Iba en la mañana a un hospital, a mediodía a otros anfiteatros y en la noche, todos reunidos, terminábamos de diseccionar un niño, que me había sido donado y que yo había tomado".

Estos anfiteatros de los hospitales, eran aquellos donde profesaban los BOYER, los CHOMEL, los ORFILA, los ALIBERT, los RECAMIER, los DUFUYTREN. Fue este último, cuya balzaciana existencia ha sido retratada, tan vívida, por nuestro colega y amigo Mondor, el que inspiró la tesis de DUCHENNE. No estamos muy seguros, pero el asunto es probable.

En todo caso, ésta se revela de lo más insignificante, y se ha buscado en vano el menor signo de originalidad y osadía. No, el tema de "La Quemadura" dejó a nuestro héroe muy indiferente. Una advertencia, sin embargo: en la primera página donde DUCHENNE dedica su obra a la memoria de su padre, figuran estas simples palabras: "Sentimientos eternos", seguido de tres lágrimas negras, tales como las que se descubre en las tumbas de algún viejo cementario de aldea y que conmovieron tanto, algunos días antes de su muerte, el alma de CHARCOT.

La sensibilidad exquisita de DUCHENNE, la encontramos ya expresada aquí en la forma más pura, más ingenua, más cándida y osaré decir más conmovedora. Así, no se puede voltear esta página sin un enternecimiento.

He aquí pues a nuestro joven doctor provisto de su diploma. Rápidamente, pues sus recursos son modestos, vuela hacia su querida ciudad, Boulogne-sur-Mer, decidido a ser lo que hoy llamamos con una palabra muy ridícula un "omniprático".

Rápidamente, la clientela llega, pues los DUCHENNE guardaban una sólida reputación local. En todo tiempo, cuando la borrasca ruge o la lluvia azota, DUCHENNE se dirige al lado de los enfermos que demandan su ayuda, indiferente al tiempo perdido, a las fuerzas derrochadas, a los esfuerzos dispensados.

Más sacrificarse por los enfermos, está bien, pero no es toda la vida; desea fundar un hogar.

Así en diciembre de 1831, Guillaume desposa con la joven que él ama: Barbe Boutron. Matrimonio por amor que presagiaba horas felices. La realidad fue otra. Después de dos años de felicidad muy tierna, Mme. Duchenne murió luego de haber dado a luz un hijo.

Anonadado, DUCHENNE se recupera difícilmente del golpe horroroso que la suerte le había asestado; mas era su destino proseguir un calvario aún más doloroso. Su suegra le reprochó el haber causado por negligencia la muerte de aquella que él había amado profundamente; pero tomó al niño y se encargó de su tutela.

Más aún, la población boloñesa se inquietó, la clientela rica lo abandonó, dejándolo semiaislado, librado a la obsesión de reminiscencias dolorosas. Para librarse de sus pensamientos, DUCHENNE tomaba entonces su violín y tocaba solitario algún fragmento de Bach o Beethoven. Existencia triste y monótona, en verdad, DUCHENNE parecía aguardar la inspiración, que llegó cuatro años más tarde.

Ensayando curar una neuralgia por medio de la electropuntura, DUCHENNE advirtió que la aplicación de la corriente producía una contracción aislada, limitada a un fascículo muscular.

Tal como lo anota BRISSAUD, cuyo encantador y profundo espíritu nos ha hecho ver lo que fueron realmente los comienzos del método de DUCHENNE, nuestro neófito electricista no se limita a la simple observación de un hecho pequeño que podía pasar por excepcional, puesto que estaba penetrado de la idea que lo excepcional no existe en sí y que los hechos raros, como los otros, obedecen a leyes.

"DUCHENNE renovó su experimento, precisó un poco más las condiciones, lo repitió una y otra vez, hasta la saciedad; desde entonces, no se detendrá más".

Observar un hecho en biología no es nada, en realidad, si uno no se apresura en llegar a conclusiones generales. La ciencia, escribe Claude BERNARD, no consiste en hechos sino en las consecuencias que se obtienen. Y pienso en algunos hechos simples y pequeños cuya observación profunda condujo a los descubrimientos más sorprendentes.

¿No es C. GOLGI quien, luego de haber sumergido, por despecho, un delgado fragmento de médula espinal endurecido por el bicromato en una solución de nitrato de plata, fue sorprendido por el color de ébano que cogía el tejido nervioso? Menos reflexivo, otro histólogo habría hecho simplemente la advertencia: GOLGI va más allá, buscó el por qué de esta reacción y observó que los cortes de médula permiten reconocer las

siluetas de ciertas neuronas más delicadamente delineadas hasta en sus ramificaciones extremas. El método argéntico de GOLGI al cual debemos tantas nociones generales sobre el eje cerebrospinal había sido descubierto.

Recordaré todavía que, antes de BABINSKI, los neurólogos sabían que en ciertos sujetos, la estimulación de la planta del pie, entrañaba la extensión del dedo grueso; era un hecho pequeño al que no se le prestó mucho interés. Como GOLGI, como DUCHENNE, BABINSKI se pone a buscar, y con qué paciencia y qué método, Uds. lo saben, el determinismo de este reflejo elemental. Y, nuevamente, se hacía un nuevo descubrimiento en neurología que nos ofrece uno de los mejores signos de la perturbación de la vía córtico-espinal motriz.

Pero retornemos a DUCHENNE. Persuadido de tener a mano un método capaz de hacer obrar sobre ciertos puntos localizados del organismo la corriente eléctrica y así apreciar las reacciones más parcelares, DUCHENNE se introduce en el estudio de la electrización. Lee todos los libros que tratan sobre el tema, se instruye en física, anatomía, fisiología, anota las obras del abate NOLLET de PIVATI, MARAT, este fisiólogo consumado antes de llegar a ser "el amigo del pueblo", de G. HUMBOLDT; nada se le escapa, tiene entre manos una técnica y en el espíritu los conocimientos positivos y seguros que le permitirán proseguir en la búsqueda de sus investigaciones.

Proveído de nuevo de una clientela seria, DUCHENNE bajo la presión de sus amigos, y sin duda, cansado de una vida muy solitaria sueña en restablecer un hogar que la muerte brutal había destruido y, en julio de 1839, desposa a una joven viuda, Honorée Lardé. Es poco decir que este matrimonio no fue feliz, fue desastroso para el alma de DUCHENNE que era candor, ingenuidad, sinceridad. Mundana y frívola, la segunda Mme. Duchenne no comprendió los deberes de abnegación, de consuelo, de ayuda mutua que compone la trama de la vida de una esposa de médico. DUCHENNE sufrió en silencio y tomó el partido de abandonar para siempre la vieja ciudad que había conocido sus primeras alegrías del corazón y del espíritu. Mas aquí veo asomar la nariz de Cleopatra: si Mme. Duchenne...

Mas pasemos. He aquí de nuevo a DUCHENNE en París. "Su pila y su bobina, nos dice BRISSAUD, eran su principal y muy modesto capital, mas él tenía reservas inagotables de confianza, independencia y coraje".

Desconocido de todos los grandes maestros de la medicina, se le ve frecuentar como un estudiante los servicios de los hospitales, tomando notas sobre ciertos enfermos y pidiendo permiso para volver a examinarlos después de la visita oficial. Ciertos maestros le opusieron una mala acogida, otros escépticos sonríen a la vista de este hombre que parecía encaprichado de una quimera. Perdonémosles esta falta: era necesario, en efecto, un espíritu avizor o una intuición generosa para adivinar en este hombrecito rechoncho, de movimientos vivos, de palabra lenta y torpe marcada todavía con un acento de terruño, en la fisonomía de un lobo de mar, al fundador de la neuropatología. Así como nos dice LASEGUE, le fue necesario "sufrir una lucha y sufrir muchas humillaciones; le fue preciso obtener, además del concurso del jefe, el asentimiento más delicado de los alumnos. DUCHENNE tenía a su servicio la perseverancia que triunfa de los peores obstáculos, pero le faltaba la flexibilidad de carácter que evita los conflictos. Figúrense cuánto ha debido sufrir en ocasión de las oposiciones manifiestas o latentes, y los largos años transcurridos antes que él adquiriera en el hospital sus derechos de burguesía".

"Entre los médicos jóvenes de su generación y de la nuestra, ¿cuántos se encontrarían que estuvieran resueltos a seguir su ejemplo?"

"La vida se prodiga en preparar las pruebas de concursos, ¿y qué lugar se dispone para las iniciativas libres durante esta laboriosa operación?"

"Los candidatos a quienes la oportunidad les ha sido contraria, se retiran fatigados y casi avergonzados; les cuesta atravesar el umbral del hospital para encontrarse en el segundo rango, frente a competidores más felices".

"El respeto humano ayuda y también las exigencias de la clientela, uno se encierra poco a poco en el círculo de su observación limitada y se acumulan los prejuicios donde habría sido necesario reunir sus materiales".

Señores, estas reflexiones entristecidas no son las mías, las tomo de LASEGUE, y ellas datan de hace 70 años.

He aquí a DUCHENNE hundido, sumergido en la atmósfera médica de la Escuela de París. Sin duda, ésta se mostraba incesantemente renovada por las inspiraciones de espíritus grandes: los TROUSSEAU, BOUILLAUD, CRUVELHIER, ANDRAL, VELPEAU, DUPUYTREN; y ya DUCHENNE podía apreciar la joven maestría de algunos internos que aseguraban el

servicio de los maestros a los que él frecuentaba: POTAIN, CHARCOT, DIEULAFOY. Mas ¿qué era precisamente la ciencia neurológica en el momento en que DUCHENNE planteó las primeras bases de su obra?

En realidad, la neuropatología, en esa mitad del siglo XIX, nos aparece como una especie de nebulosa de contornos imprecisos, donde se mezclan, confundidas, neurología y psiquiatría, y que atraviesan fulgurantes relámpagos.

El Tratado Práctico de Enfermedades Nerviosas de SANDRAS, que data de 1851, nos da una idea de ella; existe esta admirable obra de OLLIVIER D'ANGERS, ese Tratado de la Médula Espinal y de sus Enfermedades donde se ve la primera mención de la siringomielia y donde se descubre la observación más completa y más precisa del síndrome de Brown-Séquard; mas este tratado que no se relee sin emoción pues es tan vívido y actual, contempla sobre todo las afecciones quirúrgicas de la médula y permanece mudo sobre las enfermedades de este órgano que llegaría a apasionar el espíritu investigador de DUCHENNE.

Ciertamente, existía una Escuela de la Salpêtrière: muy animada y muy activa después de la desaparición de PINEL bajo la conducción de ESQUIROL, de ROSTAN, FOVILLE, DELAYE, GEORGET, LALLEMAND, PARCHAPPE, BAILLARGER, pero ¿qué se discutía, sino casi exclusivamente las localizaciones de las funciones del entendimiento, de la voluntad, de los movimientos del alma? Se estaba por la doctrina de GALL o contra ella, y se combatía más con argumentos teóricos y abstractos que apoyándose sobre datos anatómicos algo rigurosos. Que se recuerde que LALLEMAND, por ejemplo, elevó a la altura de una ley "que no debía existir territorios especiales afectados sea en la percepción, sea en la determinación de los movimientos".

Dos innovadores, sin embargo, ANDRAL y PARCHAPPE: el primero afirmando, por la anatomía clínica, que el principio de la localización de los movimientos voluntarios de los miembros debe ser aceptado; el segundo que osa pretender desde 1856, que las funciones de la sensibilidad deben ser atribuidas a la corteza cerebral. Pocos años después, BOUILLAUD localiza el lenguaje articulado en los lóbulos anteriores del cerebro que deviene el órgano legislador de la palabra, más es necesario esperar 1861 para ver a Paul BROCA afirmar, con piezas en su apoyo, que la lesión que determina la afemia tiene su asiento en el pie de la tercera frontal izquierda.

Mas este movimiento de ideas sobre la organología cerebral no parece haber retenido mucho la atención de DUCHENNE, que había encontrado su camino y profesaba la más firme voluntad de mantenerse en él.

Cinco años han pasado desde el retorno de DUCHENNE a París y ya ha podido acumular una serie de observaciones demostrativas del rigor de su método; así dirige una primera memoria a la Academia de Ciencias, intitulada: Del Arte de Limitar la Acción eléctrica en los órganos, sin pinchar ni incidir la piel, nuevo método de electrización denominado electrización localizada.

Era esto, como lo acentúa BRISSAUD, una alusión y una crítica tácita a las experiencias de SARLANDIERE y MAGENDIE, las que eran realizadas con una excesiva "piel roja" para llegar a ocupar un lugar en la terapéutica humana.

Como lo anota con pertinencia nuestro amigo PAUL GUILLY al cual debemos el trabajo de conjunto más exhaustivo sobre la obra de DUCHENNE de Boulogne, la idea fundamental sobre la cual se basa el método nuevo reposa en dos hechos de observación. En primer lugar: la aplicación de dos reóforos húmedos de un aparato de inducción sobre la piel bien humedecida, permite el paso de una corriente sin estimular de una manera apreciable la sensibilidad cutánea; en segundo lugar, si los reóforos se colocan en un buen lugar, no se observa difusión de la corriente mientras que se manifiesta la contracción de tal o tal músculo, de tal o tal fascículo muscular. Esa memoria que fue presentada por BÉRARD a la Academia de Ciencias, llamó la atención y, dos años más tarde, el Instituto premiaba una serie de memorias donde nuestro autor exponía sus investigaciones "electro-fisiológicas, patológicas y terapéuticas". A partir de este momento, las publicaciones de DUCHENNE se suceden sin interrupción y en 1855 aparece la obra que tantos médicos esperaban y que se intitulaba: "De la electrización localizada y de su aplicación en la patología y en la terapéutica".

DUCHENNE describía, no solamente, los nuevos aparatos que su ingeniosidad de físico le había hecho imaginar, sino sobre todo, los resultados generales que su método de faradización muscular localizada había permitido obtener.

Un conjunto de ideas tan originales no podía dejar de suscitar la contradicción; ésta le vino a la vez de sabios franceses y fisiólogos alemanes. Los BECQUEREL tocan principalmente el principio mismo del aparato de DUCHENNE, criticando, muy justamente desde luego, la tesis

de la extra-corriente sostenida por DUCHENNE; pero permanecieron impotentes en disminuir en lo que sea las leyes que había formulado el creador de la electrización localizada. De otro lado, la polémica que se desarrolló entre los BECQUEREL y DUCHENNE estuvo siempre llena de cortesía.

No sería lo mismo con el sabio alemán REMAK. En el mes de octubre de 1852, REMAK asistía a una reunión donde DUCHENNE hacía ver los efectos de las corrientes de inducción sobre las funciones de ciertos aparatos musculares y estuvo tan impresionado que declaró a la Sociedad Médica de Berlín estas experiencias "sorprendentes". Y he aquí que 4 años más tarde, REMAK, en una monografía, osa formular las críticas más extrañas contra el método del médico francés. ¿No lo acusa de no saber que los puntos motores de los músculos corresponden a la inmersión de los filetes motores en la masa carnosa?

Ahora bien, DUCHENNE, precisamente, se propuso realizar un trabajo respecto a las regiones anatómicas donde convenía aplicar los reóforos para provocar una contracción localizada.

A esas críticas donde el tono y el fondo eran tan desagradables, DUCHENNE respondía con firmeza y coraje, sin abandonar jamás el tono cortés que correspondía a un verdadero sabio. Algunos años más tarde, la misma polémica fue reiniciada con ZIEMSEN y, también esta vez, DUCHENNE triunfa generosamente.

La publicación de DUCHENNE y sobre todo su libro de conjunto sobre la Electrización localizada, trajo consigo la fama e hicieron célebre el nombre de su autor; de solicitante, pasó a ser solicitado por numerosos médicos confusos ante una afección neurológica compleja y de diagnóstico difícil.

Con la más perfecta gentileza, sin cansarse jamás, DUCHENNE, ya un gran clínico, penetraba el enigma y daba la razón de parálisis inexplicables.

Mas, si DUCHENNE continuaba frecuentando muchos servicios hospitalarios, y especialmente aquel de TROUSSEAU en el Hôtel-Dieu, su dirección se dirigía al viejo Hospicio de la Salpêtrière, del cual conocía todas las salas y techos empotrados iluminados a menudo de una luz miserable y donde se hacinaban aquellos que han sido abandonados: los incurables, los crónicos, aquellos cuya edad muy avanzada no permitía la menor luz de esperanza.

Codeaba así a las más valientes, aquellas que paseaban en el patio del venerable establecimiento, o aquellas que se agrupaban alrededor de una estufa platicando o tejiendo. DUCHENNE, siempre en persecución de sus observaciones, las confortaba, les daba algunas monedas y sobre todo les distribuía la misteriosa corriente de su bobina de inducción. Así, cuando las mujeres de la Salpêtrière, nos cuenta BRISAUD, veían venir a DUCHENNE portando siempre como un minúsculo organillo, la caja de caoba a manivela que encerraba la famosa bobina, ellas decían: "He ahí el viejito y su caja de malicias".

Toda la dulzura, toda la espontaneidad, toda la compasión por la miseria humana que estaban en él, me hacen evocar la imagen de un Vicente de Paul o de un San Francisco. Nuestro querido Poverello hablaba a sus hermanas las golondrinas, a sus hermanos los peces, a toda la naturaleza umbría de la que había sentido la suavidad; DUCHENNE ofrecía a aquellos que estaban cargados del dolor de la vida toda su ciencia y toda su caridad. Tenía en el espíritu este pensamiento de PASCAL: "Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos, y todas sus producciones no valen ni el menor movimiento de caridad. Esto es de un orden infinitamente más elevado".

Sin embargo la notoriedad de DUCHENNE crecía y la medida de sus trabajos, aunque apenas traspasaba el mundo científico.

Ahora bien, en 1862, el mismo año en que CHARCOT recibía un servicio en la Salpêtrière, al mismo tiempo que VULPIAN y se aseguraba la colaboración de DUCHENNE, donde afirmó públicamente que él era "su maestro de neurología", este hizo aparecer una obra asaz inesperada y que levantaría entusiasmos y críticas no solamente en el mundo de los fisiólogos sino también entre los artistas, profesores y críticos de arte.

Se trataba nada menos que de la reproducción experimental de la expresión mimica de nuestras pasiones y sentimientos. Gracias a sus reóforos aplicados en un lugar adecuado, DUCHENNE determinaba la contracción de diversos músculos de la cara, reproduciendo con la más escrupulosa exactitud la cualidad expresiva que determina.

Quizás DUCHENNE ha simplificado demasiado el mecanismo de las reacciones expresivas, pero nadie discutirá que es a este mago de la electrofisiología a quien debemos los más sólidos de nuestros conocimientos sobre la mimica expresiva de nuestras emociones y de nuestros sentimientos. Sería así injusto olvidar que la obra de DUCHENNE que él llama el análisis electrofisiológico de la expresión de nuestras pasiones

estaba acompañada de un Atlas fotográfico donde el autor, especialmente familiarizado con las dificultades del nuevo arte de la reproducción, había reunido las fotos más sorprendentes. Esto fue también una revolución que marcó la introducción en la neurología de un medio de demostración del que hoy no podríamos prescindir: la fotografía.

Ciertamente, el procedimiento de DUCHENNE podía apenas encontrar crédito entre los artistas, quienes muy justificadamente consideraron el procedimiento con horror, más para el morfologista científico, la vía que DUCHENNE ha trazado, ha enriquecido con una magnífica iconografía de enfermedades del sistema nervioso; este método también ha permitido reducir la extensión de nuestras observaciones; pues es necesario confesar que una fotografía bien hecha dice más que la mejor descripción.

Antes de DUCHENNE, se confundía bajo el término de parálisis o impotencia todo lo que era déficit de la función muscular sin imaginarse que pudieran existir impotencias motrices ligadas no a una alteración de los centros nerviosos sino a lesiones puramente musculares. Y es uno de los inmensos méritos de DUCHENNE, ser el primero quien reveló la existencia de las miopatías primitivas.

Desde 1849, DUCHENNE comunicaba al Instituto un opúsculo sobre la Atrofia Muscular con transformación grasosa, que nuestro autor completa en 1868, con la publicación de una extensa memoria sobre la Parálisis mioesclerósica; todo está allí descrito, desde la morfología singular hasta el carácter familiar de la afección.

Más aún, se encuentra verificada en el vivo las lesiones fundamentales de la enfermedad. "Antes, escribe DUCHENNE, el diagnóstico de una enfermedad no podía ser esclarecido por la anatomía patológica sino después de la muerte del sujeto, se llamaba al diagnóstico de Morgagni; hoy se puede ir a buscar en el ser vivo los pequeños fragmentos de músculo con un instrumento inofensivo, mi sacabocados histológico, y esclarecer el diagnóstico de las afecciones musculares por el examen del estado anatómico de los músculos paralizados. Este nuevo elemento de diagnóstico, suministrado por esta anatomía patológica viva, me ha prestado grandes servicios". La práctica de la biopsia estaba creada.

Aunque poco histólogo, DUCHENNE nos da en algunas líneas, el sustrato anatómico de la curiosa enfermedad que acababa de aislar.

Y este gran clínico, observando las modificaciones de la coloración de la piel y de la temperatura local, va hasta preguntar si la fuente y ori-

gen de las miopatías no deberá ser investigada en un desorden de los vasomotores.

¿No es notable, como lo dice G. GUILLAIN, en la bella lección inaugural que consagró a la memoria de DUCHENNE de Boulogne, ver desde 1869 al creador de las miopatías vislumbrar el papel del simpático en la génesis de estas afecciones?

Mas antes de llegar a ello DUCHENNE había debido moverse, y con qué dificultades, entre el laberinto oscuro de las amiotrofias. Repetimos, todo quedaba por hacerse en esta tierra incógnita.

De este modo, al comienzo de sus investigaciones, DUCHENNE nos presenta una atrofia muscular progresiva, cuya evolución es fatal, que no se acompaña de parálisis, pero se acompaña de contracciones fibrilares y, sorprendido por el predominio de la atrofia, supone su origen en las alteraciones periféricas. Ahí, si bien la interpretación patogénica de DUCHENNE no se muestra exacta, su descripción clínica quedaba, y fue difundida por ARAN en 1850. En realidad, éste no fue sino un brillante vulgarizador pero de una perfecta lealtad. "Tengo mil obligaciones, escribe él, a nuestro amigo DUCHENNE DE BOULOGNE quien ha tenido la gentileza de poner a mi disposición todos los hechos que ha recogido y sin cuya graciosa intervención me habría sido imposible dar los detalles tan circunstanciados sobre el estado del sistema muscular en nuestros enfermos".

No debía ocurrir lo mismo en la parálisis labio-glosofaríngea, cuya individualización debemos también a DUCHENNE. Nada es más exacto ni más vivo que la descripción que nos ha suministrado sobre esta enfermedad, en que, a una consunción progresiva, se agrega también la crueldad de conservar la inteligencia. En 1860, dos años antes del ingreso de CHARCOT a la Salpêtrière, escribe: "¿Por qué razón la lesión anatómica afecta siempre los músculos que presiden la articulación de las palabras y la deglución? ¿Puede existir una lesión central sea anatómica, sea dinámica que explique la localización de estas alteraciones funcionales? Sería necesario para ello, en esta misma especie mórbida, una misma y única lesión interesando siempre su origen, y esto sin extenderse a los nervios y a los filetes: 1. el hipogloso; 2. las fibras motoras del velo del paladar; 3. aquellas de los labios, el espinal y quizás el neumogástrico".

¿Hay algo más sugestivo que esta adivinación de una lesión bulbar de la cual verificaciones anatómicas debían demostrar su legitimidad?

Más atormentado —es DUCHENNE quien nos confiesa— por el deseo de poner al día la alteración central de esta singular parálisis, DUCHENNE se dedica a la anatomía fina del neuro-eje y, en 1864, presenta a la Academia de Medicina y a la Academia de Ciencias una "Fotoautografía o autografía sobre piedra y sobre metal de figuras foto-microscópicas del sistema nervioso".

Y siempre rebosante de entusiasmo y ardor, DUCHENNE exclama: "Qué bella enseñanza va a surgir de estos hechos clínicos y anatómicos cuando la anatomía patológica habrá confirmado estos puntos de vista del espíritu nacidos de la observación clínica". Justamente, he aquí que una infeliz mujer atacada de la enfermedad, y a la cual había prodigado generosamente sus cuidados, sucumbe después de un síncope. Rápidamente, solicita a los hijos de aquella la autorización para practicar la autopsia. Esta le es acordada.

Para quien hace la dolorosa experiencia de la autopsia en una enferma de ciudad, la operación que deseaba practicar DUCHENNE no podía ser sino asaz dramática. DUCHENNE previene a JOFFROY y los dos alquilan un coche y van al lejano alrededor. En el momento en que el coche se detiene, nos cuenta MOTET, no había ya calles ni caminos, nada más que senderos desiertos a cuyos bordes se elevaban las casuchas deterioradas. Se informan por la casa de la mujer Tournier que acababa de fallecer. Los miran con desconfianza, y no les responden nada. Cansados de luchar, se dirigen al Comisario quien prevenido del deceso y de la demanda de la autopsia los hace acompañar al domicilio de la muerta. Allí, en las condiciones que se pueden adivinar, con dificultades inauditas, JOFFROY pudo extraer el cerebro y la médula. Si ellos olvidaron sus desazones, guardaron siempre el recuerdo de esta expedición del 22 de agosto de 1869 cuyos resultados fueron de una importancia decisiva.

La obra de DUCHENNE de Boulogne es demasiado amplia para que pueda encerrarla en su integridad; recordarán el aporte prodigioso de DUCHENNE en la profundización de nuestros conocimientos sobre las enfermedades tales como la parálisis atrófica de la infancia, nuestra poliomiélitis aguda, las parálisis quirúrgicas y médicas de los nervios periféricos y singularmente la polineuritis saturnina cuyo análisis semiológico es una verdadera obra maestra. Pero para qué tanto, todo esto está en todas las memorias.

No es contestable que los fenómenos de la vida guardan una inmutable fijeza; todo se transforma en nosotros y alrededor de nosotros, no nos bañamos jamás dos veces en el mismo río. Así en las enfermedades como en nosotros mismos: algunas se modifican bajo nuestros ojos y hemos asistido a la transformación de lo que TROUSSEAU llamó "la enfermedad de DUCHENNE", la Tabes Dorsal.

Sus síntomas y su marcha le confieren una especie mórbida perfectamente distinta. Yo la llamaré ataxia locomotriz progresiva, escribe DUCHENNE, ofreciéndonos en algunas páginas el cuadro más perfecto de esta afección que desorientaba a los médicos, confundida como estaba con las paraplejías más diversas. En el momento actual, no observamos más estos atáxicos que abundaban en Lamalou, cuando DUCHENNE tenía una residencia cerca de su amigo Privat, y se puede decir sin forzar la paradoja que la ataxia es el peor signo de la ataxia locomotriz. La figura de la tabes ha cambiado, es cierto; pero DUCHENNE mostró que en la ataxia locomotriz existían otras cosas además de la ataxia.

Debo anotar, también, que hasta en su etiología fue seguida por DUCHENNE. "Algunos sujetos, escribe, han padecido la infección sífilítica constitucional, es la única causa racional aparente de la ataxia locomotriz".

Después pasando al diagnóstico de la tabes, DUCHENNE pone en relieve los signos que nos permiten oponer la incoordinación cerebelosa, la titubeación vertiginosa, según su expresión, a la ataxia locomotriz progresiva. ¿Quién puede dudar que bajo este terreno enmarañado de la semiología, DUCHENNE no fue un precursor?

La práctica de la electrización localizada debía fatalmente conducir a DUCHENNE a suministrarnos una visión de conjunto sobre la fisiología de los movimientos. No faltó a ello. Durante 25 años de estudios en los cuales acumuló documentos sobre documentos, DUCHENNE dió a luz la obra que los curiosos de la fisiología esperaban. El libro se titulaba simplemente: Fisiología de los Movimientos, obra única en su género, donde cada línea contiene un secreto y debe ser meditada.

¿Qué quería pues realizar DUCHENNE? Hacer la anatomía viviente y clara desprendiendo las leyes que rigen el juego de los movimientos voluntarios y reflejos. Ciertamente, la excitación experimental de un músculo nos da una explicación, más esta no puede ser sino incompleta porque no hay movimiento que se realice sin el concurso sinérgico de varios músculos.

Hecho singular, observa DUCHENNE, esta sinergia estimula los músculos que se hubieran podido creer, según la anatomía muerta, antagonistas.

¿Debo hacer notar que esta sinergia de ágono-antagonistas no está absolutamente en oposición con el principio de la inervación recíproca de SHERRINGTON, como tampoco desde luego, con los datos más recientes de la cronaxia de LAPICQUE?

La Fisiología de los Movimientos apareció en 1867, por consiguiente en una época en que DUCHENNE había adquirido en el mundo de la sabiduría una gran notoriedad, y sin embargo la obra pasó casi desapercibida, apenas se la encuentra mencionada en algunas gacetas; en los países extranjeros, al contrario, la obra de DUCHENNE suscitó una gran resonancia y fue aun traducida por el más grande neuro-psiquiatra de Alemania, WERNICKE.

Pobre gran DUCHENNE, hasta el final de su vida, las amargas, las tristezas, no le serían evitadas. Sin duda tuvo algunas horas felices, cuando su hijo, cansado de una vida errante, estuvo de regreso en el hogar como un hijo pródigo, cuando se casó, cuando el joven hogar se alegró con dos pares de ojos infantiles, que le procuró la alegría de poner en práctica el arte de ser abuelo. Mas estos fueron momentos fugaces. Pronto este hijo arrepentido le era arrancado por una fiebre tifoidea, y un mes antes, la que fuera su compañera había sucumbido. DUCHENNE la llora, la había perdonado.

El desastre de la guerra franco-alemana lo había también afectado cruelmente: durante todo el sitio de París distribuyó generosamente sus cuidados a los heridos, alivió las miserias que lo enternecían. Mas ya la enfermedad que lo consumía estaba allí, veo en el espíritu un último retrato de DUCHENNE: los ojos están cansados, los rasgos un poco estirados, la fisonomía melancólicamente pensativa se encuadra de patillas a la moda de la época, y pienso en un Claude BERNARD acabado.

Sin embargo, conservando en su corazón la fe de su infancia, puesto que era de esos sabios que, según SAINT-BEUVE, "permanece constantemente firme y seguro en la ingenuidad y profundidad de su fe", DUCHENNE aceptó este último calvario sin una palabra de queja o pesar. Sus amigos fieles lo rodeaban: VULPIAN, NELATON, BROCA, POTAIN, TILLAUX, DIEULAFOY, CHARCOT, ellos le bastaban.

Hasta los últimos días, su inteligencia y su curiosidad insaciable de investigador no se doblegaron. Sintiendo que la muerte estaba próxi-

ma, cumplió los últimos deberes de cristiano y se durmió en la paz al fin alcanzada.

Si DUCHENNE había sido nombrado Miembro correspondiente de numerosas Academias y Universidades extranjeras: Dresde, Florencia, Gand, Génova, Kiel, Leipzig, Madrid, Moscú, San Petersburgo, Nápoles, Roma, Estocolmo, Viena, Wurzburg, no perteneció a ninguna Academia de Francia.

Y he aquí que muchos años después de la muerte del Maestro de la Electro-fisiología y de la Neuropatología, el renombre y la admiración hicieron agruparse alrededor del nombre de DUCHENNE, levantado como una bandera, a algunos médicos independientes cuyo deseo es recompensar cada año a todo investigador que, por sus propios medios, al modo de DUCHENNE, haya hecho progresar la ciencia médica.

Así, la Academia DUCHENNE de Boulogne, se presenta como una Academia Goncourt de la Medicina: con una diferencia sin embargo, los miembros que la forman desean guardar un estricto anonimato.

Me he esforzado, al delinear las piezas maestras de la obra de DUCHENNE de Boulogne, por dejaros adivinar sus más altas cimas.

De esta obra, nos quedan los fundamentos de la electrofisiología, de la clínica neurológica, de conceptos originales y profundos sobre la aplicación de las ciencias prácticas en la medicina. Pero de esta obra también, se puede obtener una gran lección.

Un hombre vino, habiendo descubierto, enteramente solo, un nuevo método de investigación y terapéutica; sin apoyo, sin maestro, este solitario sin tener nada más que su valor, su firmeza, su tenacidad y su fe. Las dudas y las inquietudes lo asaltan sobre la significación de una observación que ha hecho, pero prosigue una y otra vez hasta que una a una se disipan. Se le contradice, responde con cortesía y firmeza sin que jamás su tono se torne agrio; pero cuando está frente a los plagia-rios, a los pillos, a las gentes de mala fe, DUCHENNE entonces replica de buena tinta con una pluma de hierro.

La gran lección de DUCHENNE, podemos tomarla también en toda su forma de actuar.

Rehusando construir vastas síntesis, e imaginar sistemas que el tiempo barre pronto, como copos de nieve, DUCHENNE quiso toda su vida permanecer un analista puro, abrazando siempre de más cerca la realidad; desconfiando de los caminos nuevos que le eran desconocidos. Y no puedo sino compararlo a esos artistas que, fuera del siglo y de sus

vaivenes, lejos del estrépito de las ideas, se sienten asaz fuertes para realizar el ideal de verdad que está en ellos.

Y he aquí que el tiempo ha pasado, DUCHENNE ha escapado a este período ingrato del recuerdo que sigue muy a menudo la desaparición de los grandes espíritus, y cuando muchos de nuestros libros no serán ni siquiera más que recuerdos, no dudamos que las enseñanzas del Maestro de Boulogne permanecerán en la memoria de los hombres como todo lo que está hecho de ciencia, de conciencia y verdad, iluminados y avivados por un rayo de caridad, puesto que el que la profesó tenía en su espíritu y en el corazón esta divisa que debería ser la de todo científico y todo sabio:

“Conocer, es primero amar”.